

PRÓLOGO

(Personajes: Pandora. Escenario: totalmente vacío, sin decorado, oscuro.

Entra Pandora. Es una mujer muy bella, voluptuosa y coqueta, pero a la vez mostrando gran aflicción. Puede ir muy adornada o mejor vestida muy primitivamente, con una especie de "traje de tierra": una tela-manto muy grande que se extiende a su alrededor como formando parte de la tierra, de la que la mujer ha sido modelada. Lleva una vasija destapada y la tapa en la mano)

PANDORA.- Por un motivo insignificante a veces... , o por el Azar..., o por un mero capricho de los de arriba (*señala al cielo*), los Bienaventurados, se desequilibra nuestro mundo humano, ¡tan imperfecto y frágil que es! Y a menudo –demasiado a menudo– prende en nosotros el espíritu de Discordia. Se van siguiendo entonces en cadena los acontecimientos. Y éstos desembocan en desastres y tragedias; en guerras; en muertes y males. A eso estamos condenados. Dicen que por un castigo. ¿Merecido? Y yo misma fui el instrumento. Los dioses se sirvieron de mí. Me crearon para poder después echarme las culpas. Me crearon para juguete del hombre, al que ellos querían castigar. Y me llamaron Pandora, porque todos los dioses me infundieron su don; porque yo era un regalo de todos los dioses. Pero ¡qué regalo!: un bello

mal, la atracción perniciosa, la calamidad imprescindible... Así me concibieron los dioses y así me juzgaron los hombres... Y conmigo, en el mismo lote, iba esta vasija, bien cerrada (*Muestra la vasija vacía y la tapa*). Y fui yo – yo misma– quien, al abrir, dejé escapar los horrores contenidos en ella, que se esparcieron por todas partes. ¡Yo misma! Pero sin saberlo, sin quererlo. Movida por los dioses. Como todos. Somos bien poca cosa. Vapuleados, zarandeados, desde fuera e incluso desde dentro (*Se toca el pecho*)... Pero contra nuestra propia voluntad.

(*Sale*)

ACTO 1º

CORO.- (*Entra en escena a ritmo de marcha o bailando, con acompañamiento de música. También podría ser el coro durante toda la obra simplemente una voz en off*)

Antes de la guerra.

Por un motivo insignificante, por el espíritu de Discordia que se metió en el corazón de los dioses y después –en consecuencia– en el de los hombres, se fueron siguiendo en cadena los acontecimientos. Y éstos desembocaron en desastre y tragedia; en guerra; en muertes y males. ¡Derrota al fin igualmente para vencedores y vencidos!

CUADRO I

CORO.- Orígenes: la manzana de la discordia.

En las bodas de Tetis y Peleo

(El coro se detiene y calla, así como la música. Se relega al fondo del escenario)

(Personajes: Discordia, Hera, Atenea, Afrodita, Zeus, Paris. Escenario: Máximo de luces. Las bodas de Tetis y Peleo en el monte Pelion: un paisaje paradisíaco. Sobre la hierba verde y florida, una gran mesa de banquete. Todos los dioses, sentados, pero mudos, como comparsas; o, mejor, pintados y recortados como estatuas o como las figuras de los vasos griegos.

Aparece Discordia de pronto, y se apaga alguna luz. Tiene la cabellera erizada, la cara lívida y viste un traje a jirones de distintos colores (o bien con el aspecto de una bruja de cuento)

DISCORDIA.- *(Riendo con voz cascada y maligna)* Sí, soy yo: Discordia. Pero no os sorprendáis ni asustéis por mi presencia aquí, en el monte Pelión, aunque no haya sido invitada. ¿Cómo iba a perderme este espectáculo? ¡Tan "ilustres bodas"! ¡Nada menos que la diosa Tetis con el mortal Peleo, y todos los dioses reunidos para festejarlo! Pero faltaba yo. Y os aseguro que acudo con buena voluntad *(risita irónica)*, simplemente para traer un presente. Aquí tenéis esta manzana de oro, regalo para uno de los dioses.

(La arroja encima de la mesa y va a parar entre las tres diosas, Hera, Atenea y Afrodita. Cada una hace ademán de recogerla; pero no se deciden)

HERA.- *(Solemne y majestuosa)* ¿A quién ha correspondido? Pienso que sería justo que a mí, como protectora del matrimonio. Además, siendo yo la madre y reina de los dioses...

ATENEA.- *(Sencilla y austera, con un algo varonil)* ¿Pero no consideráis más adecuado que se me dé a mí, la diosa virgen? Puesto que ahora estamos precisamente en el momento previo a la consumación de los esponsales.

AFRODITA.- *(Exuberante y voluptuosa; sonriendo con coquetería)* No estoy de acuerdo con ninguna de vosotras. Es a mí, al Amor, a quien se debe lógicamente rendir homenaje en una unión.

DISCORDIA.- *(Riendo otra vez maliciosamente)* Os daré, entonces, una idea, puesto que las tres –Hera, Atenea y Afrodita– exponéis argumentos muy razonables y no sabría yo misma por cuál inclinarme. ¿No es la hermosura de la esposa la que ha incitado el deseo del marido y les ha llevado al enlace? Premiemos, pues, a la Belleza. ¿Os parece bien?

HERA, ATENEA y APRODITA.- *(A la vez)* Sí. Pero, ¿quién decidirá a cuál de nosotras se debe llamar la mas bella de las diosas?

(Miran a los otros dioses. Un largo silencio: todos se contemplan unos a otros y no se atreven a contestar. Rumores y cuchicheos. Al fin se dirigen hacia Zeus)

TODOS LOS DIOSSES.- Zeus, habla tú, que eres nuestro rey.

ZEUS.- (*Majestuoso, portando el cetro*) Nosotros los dioses no podemos... no debemos. Mejor un mortal (*Se queda pensando*): Paris el troyano, el más hermoso de los hombres. Él sin duda es capaz de discernir en materia de belleza. Ahora se encuentra en el monte Ida, en Troya. Id en su busca guiadas por Hermes.

(Inmediatamente la acción se traslada a Troya, a las cumbres del monte Ida. Sirve el mismo escenario anterior, sin la mesa del banquete y adornado con nubes. Se han apagado un momento todas las luces, mientras se realiza dicho cambio en el escenario.

(Se encienden tres focos que salen de detrás del escenario)

PARIS.- (*Solo en escena. Es muy joven*) ¿Qué son esas luces? ¡Tan intensas! De pronto las estrellas se han borrado. La noche se ha convertido en el día más resplandeciente.

(Aparecen ya las diosas, y se encienden todas las luces. Paris se queda paralizado, atónito. Cae postrado. Un momento de silencio, todos quietos)

HERA.- (*Con majestad*) Muchacho, no temas, levántate.

ATENEA.- (*Con camaradería*) Aunque diosas, no veni-

mos a ti como tales, para abatirte...

AFRODITA.- *(Siempre con coquetería)* Sino como mujeres, para que nos contemples con ojos de hombre.

HERA.- Para que decidas tú, elegido entre los mortales

ATENEA.- Quién de nosotras es la más sobresaliente en hermosura.

AFRODITA.-Cuál es la más seductora, la más deseable.

HERA.- La reina en este torneo de belleza. Y esa manzana de oro, ahí, a tus pies, es el trofeo para la vencedora. Ya nos has visto. Te dejamos solo. Piensa y escoge.

(Paris, a solas, meditabundo. Pero enseguida aparece Hera)

HERA.- Si me eliges a mí, a Hera, te concederé el dominio de las tierras entre Asia y Europa.

(Se marcha y entra Atenea)

ATENEA.- Si soy yo, Atenea, la preferida, te haré invencible en el combate y dueño de Grecia.

(Sale y viene Afrodita)

AFRODITA.- Si vence el Amor en este juicio, el amor será la recompensa para el juez: para ti, la mujer más hermosa de la tierra, Helena. ¿Has oído hablar de ella? Es casi una diosa; mírame a mí, a Afrodita, e imagina que la contemplas a ella.

(Sonríe Afrodita con todos sus encantos desplegados, bajo la mirada ardiente de Paris. Desaparece)

PARIS.- (*Inmediatamente*) ¡Diosas!, venid (*acuden las tres*). Afrodita... Me decido por Afrodita. Ten la manzana.

(*Paris entrega la manzana a Afrodita y sale. Afrodita queda en el centro del escenario, risueña, triunfante, exhibiendo su manzana. Las otras dos diosas se retiran a un lado, con rostros sombríos, enfurecidas*)

HERA y ATENEA.- Paris, desdichado mortal.

CORO.- (*Adelantándose, mientras suena la música*)
¡Causa de grandes males para los troyanos!

CUADRO II

CORO.- El móvil: el rapto de Helena.

(*Personajes: Menelao, Paris, esclavo, Helena. Escenario: el palacio de Menelao en Esparta.*)

Menelao y Helena están en sus tronos. Ella, tejiendo, casi tiene vuelto el rostro. Entra Paris)

MENELAO.- (*Majestuoso*) ¿Quién eres, extranjero? ¿De dónde vienes hasta esta tierra de Esparta? Por tu noble aspecto pareces un príncipe; y, probablemente, de tierras de Oriente, a juzgar por el lujo de tus vestiduras. Pero toma asiento y bebida. Reponte de las fatigas del viaje.

PARIS.- Gracias, señor. En efecto vengo de Oriente. Soy Paris, el hijo del rey Príamo de Troya. He venido

para visitar al rey Menelao.

MENELAO.- Ante él te encuentras. Yo soy Menelao. Y ella es mi esposa (*señala a Helena, que vuelve entonces la cabeza. Es hermosísima, muy semejante a Afrodita. Se miran con mutua admiración ella y Paris y se sobresaltan. Desde ese momento, casi sin poder apartar del todo sus ojos cada uno del otro, se miran disimuladamente*). Eres muy bien recibido, Paris. Me alegro de poder corresponder a la hospitalidad que me brindó tu padre en otro tiempo.

(Entra un esclavo)

ESCLAVO.- Menelao, tu carruaje está ya preparado.

MENELAO.- Lamentablemente ahora tengo que marcharme. Perdóname, Paris: son asuntos importantes que no pueden esperar. Pero hasta mi regreso daré órdenes de que seas agasajado como mereces.

(Se acerca a Helena y la besa. Después sale. Hay un larguísimo silencio. Paris y Helena casi no se atreven a mirarse ni a hablar. Al fin él se arrodilla)

PARIS.- No entiendo... ¡La esposa de Menelao! ¿No eres tú Afrodita, la diosa que más venero?

HELENA.- *(Muy extrañada y turbada, poniéndose en pie)* ¡Qué dices! No, no. Te equivocas. Levántate.

PARIS.- *(Después de un silencio, con emoción)* ¿Me aseguras que no eres Afrodita?... Pero te miro y es como si me hallara ante la propia diosa. Tal vez no me creas, pero yo tuve a Afrodita tan cerca de mí como ahora estas tú... Casi ni podría distinguiros... Dime quién eres realmente.

HELENA.- La esposa de Menelao, Helena.